

# FLORENCIA BONELLI

## La Casa Neville

La formidable señorita Manon



Ne vile velis



*La Casa Neville*  
*La formidable señorita*  
*Manon*

Florencia Bonelli

Esencia/Planeta

© Florencia Bonelli, 2023  
© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., Argentina, 2023

De esta edición:

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2024  
ISBN: 978-84-08-28722-3  
Depósito legal: B. 6.071-2024  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo  
*Printed in Spain - Impreso en España*

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Capítulo 1

*Jueves, 20 de junio de 1833. La City, Londres*

Manon Neville acompañó hasta la puerta de su despacho a la señora Olsen, clienta de Neville & Sons, el banco más importante de la City, al que se conocía como la Casa Neville.

Si bien era cierto que se ocupaba de manera personal de varios clientes, en especial de los «menesterosos», como su padre apodaba a los menos acaudalados, a la señora Olsen la atendía con especial empeño por razones que iban más allá de las cuestiones financieras. Su esposo, Sven Olsen, era parte de la tripulación del *Leviatán*, y a ella le interesaban las noticias vinculadas a ese clíper, en especial las relacionadas con su capitán, Alexander Blackraven, conde de Stoneville.

A punto de regresar a su escritorio, se detuvo y observó el de su padre, oscuro y pesado, y extrañamente vacío. Ubicado apenas a una yarda del suyo, representaba el imperio de la persona que lo ocupaba diariamente, pues Percival Neville, primer barón de Alderston, futuro vizconde de Falmouth, era sin duda un caballero poderoso, al que se mencionaba de continuo en los periódicos.

Dos días atrás, el martes 18 de junio, mientras las publicaciones londinenses celebraban el decimoctavo aniversario de la batalla de Waterloo, un periodista de *The Times* había afirmado que la guerra contra el tirano Napoleón Bonaparte la habían ganado tanto el duque de Wellington como sir Percival Neville, futuro vizconde de Falmouth, porque jamás habrían vencido al Ogro de Córcega sin el flujo constante de monedas de oro con que había abastecido al

Ejército británico y a los aliados del continente. Así lo entendió el príncipe regente Jorge, y en 1816 lo premió con la baronía de Alderston.

Manon se aproximó al escritorio de su padre y acarició la lustrosa caoba. Sonrió al recordar la anécdota que su padrino, Arthur Wellesley, duque de Wellington, le refería de tanto en tanto, en especial en esas fechas, y que a ella le gustaba escuchar. «En 1809, ningún banquero londinense se atrevía a enviarme una sola remesa de dinero a Portugal. Fuese por mar o por tierra, era muy probable que los franceses la interceptaran. Créeme cuando te digo, querida Manon, que la posición de mi ejército era desesperada. Percy, tu valiente padre, alquiló el barco pesquero de aspecto menos atractivo que halló en el puerto de Plymouth. Con la asistencia de Roger Blackraven y de cuatro de sus marineros más antiguos y de confianza, una noche y en gran secreto, cargaron las cajas colmadas de guineas de oro y, todos disfrazados de pescadores, incluso tu padre, zarparon hacia el mar Cantábrico. Tuvieron suerte, y el buen tiempo los acompañó, por lo que en seis días Blackraven condujo la nave sin incidentes hasta el puerto de Oporto para la salvación de mi ejército. Recuérdalo siempre, querida Manon, y cuéntaselo a tus hijos para que sepan que su abuelo, Percy Neville, también es un héroe.»

—También lo son Roger Blackraven y sus marineros —susurró la joven, y apartó la vista del escritorio vacío.

Su padre se ausentaba desde hacía pocos días, y ella lo echaba de menos. Lo asistía en las cuestiones de la Casa Neville desde hacía casi tres años y se había acostumbrado a estar siempre a su lado. Al principio se había tratado de algo temporal, hasta que Percival Neville se recobraba tras el accidente de caza que le había dejado el brazo en cabestrillo. Algunos familiares y amigos criticaron a Percival: que su hija de dieciocho años trabajase en el banco era escandaloso e inaceptable; dañaba su reputación. En opinión de Percival, habría dañado la reputación de Manon que él terminase condenado a muerte tras haber asesinado a uno o a varios de sus empleados, una caterva de inútiles.

Sus cuñadas Charlotte y Louisa le sugirieron con cierta vehemencia lo que a ojos vistas resultaba lógico: que emplease a su primogénito, Archibald Neville.

—Archie solo es bueno para la caza y la cría de caballos —afirmó Percival, y sus ojos azules se fijaron en ellas desafiándolas a que volvieresen a importunarlos.

Las mujeres se batieron en retirada y no osaron cuestionar de nuevo la decisión, más allá de que en los salones echaron pestes. Su cuñado Percival Neville podía ser muy rey de la City y uno de los hombres más poderosos del Imperio, pero se comportaba como un insensato y un irreverente. Bastaba para demostrarlo que se hubiese casado en segundas nupcias con una actriz española y, por si fuera poco, papista. De nada valía que la mujer se hubiese convertido a la fe anglicana antes de la boda, ni que el mismo Arthur Wellesley hubiese oficiado como padrino en la ceremonia. Dorotea Castillo y Paje, conocida en las tablas como Dorotea la Dea, había sido una mujerzuela. Jamás la trataron y la condenaron al ostracismo.

Cumpliendo una orden de Alistair Neville, el patriarca de la familia, que no quería a la inconveniente segunda esposa de su primogénito en suelo inglés, Percival la instaló en un suntuoso *petit hôtel* en París, en la *rue* de Rivoli, donde la visitaba a menudo, pues sus viajes a través del canal de la Mancha se repetían con frecuencia. La sede de la Casa Neville en la capital francesa, responsabilidad de su hermano David, esposo de Charlotte, se hallaba en serios aprietos; precisaba de su asesoramiento y, sobre todo, de su ayuda financiera.

Manon Gloriana Neville nació en la casa de la *rue* de Rivoli el 14 de julio de 1812, en el vigésimo tercer aniversario de la Revolución. Charlotte, que para la época vivía a pocas calles de la residencia de Dorotea, envió a una empleada doméstica a averiguar de qué sexo y cómo era la criatura. «Niña, madame —le informó la muchacha—. Y dicen que nació roja como la grana, con una pelusa transparente en la cabecita y berreando como un cerdito.» Siendo Dorotea de piel aceitunada, cabello negro y ojos oscuros, era improbable que sus amistades parisinas y londinenses aceptasen la teoría de que Manon no era una Neville. De igual modo, continuó conjeturando y llegó a la conclusión de que el amante de Dorotea podía ser rubio y de ojos claros, similar a su cuñado Percival. Durante meses la observó por la calle y mandó espiarla. La actriz salía para hacer compras siempre

escoltada por la madre, una española con aspecto de gitana, y por el tal Thibault Belloc, un gascón, antiguo artillero del Ejército napoleónico y hombre de confianza de Percival, por el que habría dado la vida; nadie sabía el motivo de tanta devoción. Belloc quedaba descartado porque era de tez tan oscura como la de Dorotea.

Con el tiempo, la sospecha de Charlotte quedó en la nada, pues la niña no solo era rubia y de ojos azules como el padre, sino que acabó por convertirse en su vivo retrato. Algunos señalaban que los duros y varoniles rasgos de Percival se habían suavizado en su hija menor y que semejaban a los de la madre, una beldad indiscutible, por muy española y papista que fuese.

Cinco años más tarde, cuando Charlotte se enteró de que su cuñado Leonard Neville había contratado un tutor italiano para que se ocupase de la educación de su sobrina Manon, un tal Tommaso Aldobrandini, y que el hombre se alojaría bajo el techo de Dorotea, creyó que había llegado la oportunidad para demostrar que se trataba de una mujerzuela. Sus sospechas parecieron confirmarse la noche en que vio a Aldobrandini compartiendo el palco del Théâtre-Italien junto a Dorotea, Percival y Leonard. El italiano, de unos cuarenta años, era notablemente bien parecido. Días después, su intriga se desmoronó cuando una fuente fiable le confió que el dómine prefería la compañía de los hombres.

\* \* \*

Lo que había comenzado como una asistencia temporal duraba desde hacía casi tres años. Percival Neville afirmaba que solo podía trabajar con su hija menor. Lo entendía sin necesidad de palabras y actuaba con sensatez, sin mencionar que poseía una excelente caligrafía y que dominaba varias lenguas, talento inestimable en una entidad internacional como la Neville & Sons, con casas en París, Nápoles y Fráncfort del Meno, y con corresponsales en el resto de Europa y en las ciudades principales del norte de África.

Así como la sociedad londinense se declaraba escandalizada con la situación afrentosa de la señorita Manon, los empleados de la Casa Neville miraban con beneplácito que la hija del patrón se ocupase de asistirlo personalmente, pues lo temían. Percival era



impaciente, implacable e irascible. Manon era tolerante y de buen carácter, aunque expeditiva y rápida. No habrían osado engañarla; confundir su bondad con estupidez habría constituido un grave error de juicio.

Apenas llegada al banco en septiembre de 1830, una mañana Manon avistó desde su carruaje a un empleado de rango menor del Tesoro de la Casa Neville consultar un reloj de leontina antes de entrar en la sede del banco. Al mediodía, durante la pausa para almorzar, se acercó al perchero y rebuscó en el interior de su redingote hasta dar con lo que buscaba: la etiqueta de una sastrería en Jermyn Street, la misma en la que su padre y otros ricos aristócratas se confeccionaban la ropa. Decidió estudiarlo de cerca, incluso lo hizo seguir por Thibault Belloc, quien le sugirió que emplease los servicios de un profesional que trabajaba para sir Percival desde hacía algún tiempo, Samuel Bronstein, un judío tudesco a quien jamás recibían en las oficinas del banco; las reuniones se mantenían en lugares secretos. Thibault le advirtió que ni siquiera sus tíos David, Daniel o Leonard sabían de su existencia.

Bronstein la recibió en su oficina en Bloomsbury Square, una zona de casas adosadas ocupadas en su mayoría por burgueses. Una oscura tarde de invierno Thibault la condujo en un carruaje despojado del escudo de la Casa Neville. A Manon, Bronstein le cayó bien pese a que en un principio la intimidaron su corpulencia y el rostro embrutecido por fieras cicatrices —según Thibault, era un eximio pugilista—. Desconcertaban su aspecto de matón y las maneras de caballero con que se comportaba. De unos treinta y cinco años, resultó además un hombre práctico y fue al grano, sin andarse por las ramas.

—El joven en cuestión es de orígenes muy humildes. Jamás habría podido permitirse un reloj de oro ni confeccionarse una prenda en Jermyn Street ni en Saville Row, donde supe que acaba de comprar un par de zapatos.

—El reloj podría haberlo heredado —sugirió Manon, y Bronstein negó con un movimiento de cabeza antes de afirmar:

—Adquirió el reloj en una joyería de Hatton Garden, que también funciona como casa de empeño. Le costó una suma de dinero que está muy por encima de sus posibilidades.



—¿Cómo supo que lo adquirió en ese lugar? Imagino que en Londres hay cientos de joyerías y sitios de empeño.

—Lo seguí días atrás y lo vi entrar en ese negocio de Hatton Garden. Por el modo en que saludó al dueño, deduje que eran viejos conocidos. Ayer le vendió dos táleros.

—Oh —se sorprendió Manon, pues entre los valores que se custodiaban en la cámara de seguridad del banco había monedas antiguas, en especial, táleros de plata—. ¿El dueño del negocio le confió a usted, sin más, que le vendió el reloj?

Bronstein torció la boca en una sonrisa maliciosa y Manon se dijo que, pese a las facciones toscas, era bien parecido.

—No empleamos métodos tan directos, señorita Manon. Descubrimos que el relojero que provee a esta joyería de Hatton Garden es John Bennett. Y descubrimos también que el reloj de leontina de su empleado lleva el sello de John Bennett. Está claro que lo adquirió allí. Y está claro también que su empleado y este joyero hacen negocios con cierta frecuencia y desde hace un tiempo.

—Todo parece coincidir —acordó Manon—. ¿Cómo debemos proseguir?

—Tengo a dos de mis hombres siguiéndolos, al empleado y al joyero —aclaró Bronstein—, donde sea que vayan. Ayer por la tarde, después de vender los táleros en Hatton Garden, se dirigió a Hockley-in-the-Hole.

—No conozco ese sitio —admitió.

—No me extraña —afirmó el investigador—. No es lugar para una dama. Allí se organizan peleas de osos, de toros y de perros, y se apuesta fuerte en ellas. El sujeto en cuestión anoche perdió dos guineas y una corona.

—¡Dos guineas y una corona! —se escandalizó Manon.

—Lo interesante —prosiguió Bronstein— es que allí se encontró con otro empleado de la Casa Neville: Julian Porter-White. Él no apostó —afirmó el investigador tras una pausa deliberada y con los ojos fijos en ella—. Se limitó a contemplar el espectáculo.

Manon asintió, perturbada por la noticia. Porter-White, que ejercía de tenedor de libros, le despertaba una repulsión inexplicable si se consideraba que era galante, bien parecido, pese a llevar las patillas a la Souvarov, y un buen empleado, además de amigo de su

hermano. Justamente había sido Archie el que lo había recomendado para el puesto en Neville & Sons.

Tal vez la repugnancia se originaba en la persecución bastante tenaz a la que Porter-White la había sometido para seducirla. La persecución terminó cuando ella le aseguró en términos directos y llanos, ya que los refinados no surtían efecto, que jamás lo habría aceptado como esposo. Al poco tiempo, Julian Porter-White encauzó las atenciones hacia su hermana mayor Cassandra, y Cassie parecía encantada con el cortejo.

Abandonó la oficina de Bronstein bastante alterada, no solo porque resultaba probable que el empleado del Tesoro estuviese robándolos, sino porque Julian Porter-White era de esos que disfrutaban con el sufrimiento de los animales.

—Estás exagerando, Manon —intentó razonar Thibault Belloc con la confianza que se le otorgaba por haberla cargado en brazos con apenas horas de nacida.

—¿Lo crees en serio, Thibaudot? Yo, en cambio, pienso que Porter-White es de naturaleza perversa.

—¿Porque va a ver una pelea de gallos o de perros? —se rio el gascón—. Entonces también lo son varios de los señorones que ocupan la mesa de tu padre cuando tú y Cassie organizáis esas veladas pomposas, porque te aseguro que disfrutaban apostando en esas peleas.

—Tú no, ¿verdad, Thibaudot querido? Tú no disfrutas de ellas.

—No, mi niña. Quien realmente ha peleado en una guerra no podría disfrutarlas.

—¿Por qué no? —se interesó Manon.

—Porque de pronto ves a esas pobres bestias desgarrándose para el mero divertimento de los hombres y te das cuenta de que es lo mismo que hacen los poderosos del mundo con nosotros, los soldados.

Manon asintió y se mordió el labio para evitar que su adorado Thibaudot, como lo llamaba cariñosamente, notase que estaba experimentando pena por él. De todos modos, Thibault Belloc lo sabía, tanto la conocía.

\* \* \*

Dos días más tarde, la recién creada Policía londinense allanó la pensión donde se hospedaba el empleado de Neville & Sons. Se incautaron varias monedas antiguas (táleros y cárolus), un bono del tesoro del Imperio austrohúngaro, tres cucharas de plata, un salero de oro y siete medallas de la colección de Daniel Neville. De inmediato circuló el rumor que la señorita Manon había descubierto al truhan y que le había bastado verlo consultar un reloj de oro para sospechar de su honestidad.

Manon, que había aprendido de su abuelo Alistair que la ocasión hacía al ladrón, le solicitó permiso a su padre para realizar una profunda investigación. Resultaba claro que las medidas de seguridad del banco habían fallado. Le bastó analizar el funcionamiento del Tesoro durante una jornada para comprender que el desorden imperante volvería a traerles problemas. La caja fuerte se mantenía abierta durante las horas de oficina; bolsas con monedas y bonos se hallaban tiradas en el suelo mientras los empleados de otros sectores, incluso a veces los clientes, entraban y salían. Los títulos de deuda se guardaban en el mismo sitio que los cupones, lo que habría facilitado el cobro de los intereses en caso de robo. Dado que el inventario de la cámara de seguridad no se encontraba al día, dificultaba la determinación del monto exacto de los valores sustraídos.

Avalada por Percival, Manon dispuso algunos cambios. En primer lugar, despidió al jefe del Tesoro, cuya inocencia en la cuestión del robo no podía demostrarse a ciencia cierta, y nombró en su lugar a un administrativo de unos cuarenta años, Ross Chichister, hijo de un comerciante de Surrey amigo de su abuelo Alistair y muerto un tiempo atrás. Chichister trabajaba para la Casa Neville desde los diecinueve años. Había comenzado como chico de los recados y escalado en la nómina del banco. Para Manon, era un desperdicio mantenerlo entre los escribientes; no solo lo reputaba inteligente y avisado, fluido en las lenguas italiana y francesa, sino que le inspiraba confianza.

El segundo cambio alteraría el precario equilibrio familiar, pues no tenía duda de que heriría la susceptibilidad de sus tíos David y Daniel: la persona en cuestión, Charles Mansell, encargado del sector de cajas, era su amigo.

—¡Cómo permites que esta mocosa haga y deshaga sin criterio! —irrumpió David Neville en el despacho de su hermano mayor, con Daniel por detrás, y habló sin importarle que Manon se hallase presente.

—Esta mocosa, como tú la llamas —replicó Percival—, fue la única en darse cuenta de que estaban robándonos. Además, ¿debo recordarte que desde hace unos años tú, Daniel y Leonard sois solo accionistas minoritarios y por la simple razón de que es mi voluntad que así sea? Lo perdisteis todo debido a vuestra estupidez e incompetencia.

A Manon la perturbó el desprecio con que David contempló a su padre. Daniel, de disposición más tranquila, se dirigió a Manon para preguntarle:

—Querida, ¿qué razones tienes para proponer que tu padre despida a Charles?

En realidad, a ella no se le habría ocurrido despedirlo. Conocía demasiado poco la complejidad del banco para sugerir una medida de esa naturaleza. Era cierto, había descubierto lo del robo en el Tesoro, pero, en honor a la verdad, se había tratado de un golpe de fortuna. La decisión de despedir a Charles Mansell había nacido tras un comentario de Thibault, que aseguraba que se lo veía a menudo en el Garden of Venus, uno de los lujosos prostíbulos en Bury Street, conocido por sus hermosas mujeres y por sus mesas de juego, en las cuales, se murmuraba, los tahúres cómplices del dueño desplumaban a los inocentes parroquianos. «Un jugador empedernido y el encargado del dinero de un banco no pueden ser la misma persona», le había advertido Thibault Belloc. El investigador Samuel Bronstein terminó por ratificar la sospecha al descubrir que Mansell debía una gran suma al Garden of Venus.

—Mantiene una deuda abultada con un sitio de mala reputación, tío —respondió Manon—. ¿Lo sabías?

—No, no —balbuceó Daniel.

—¿Qué sabes tú de esas cosas? —se impacientó David—. ¡Es inaudito que estemos hablando de esto contigo! ¡Sitio de mala reputación! ¿Qué sabes tú de los sitios de mala reputación?

—De los sitios de mala reputación no sé nada —admitió Ma-

non—. Pero sí entiendo que una persona que debe poco más de doscientas libras...

—¡Doscientas libras! —se horrorizó Daniel, y Manon se limitó a asentir.

—Una persona que debe doscientas libras —retomó— no puede manejar dinero ajeno sin caer en una gran tentación.

—Charles gusta de jugar de tanto en tanto —señaló Daniel— y se permite también perder algunos peniques, pero jamás habría sido tan temerario como para acumular una deuda de esa magnitud.

—Es verdad —concedió Manon—, pero desde hace unos meses se ha enredado con una mujer a la que le ha alquilado un apartamento en Marylebone y a quien sufraga todos sus gastos. Mantener a una esposa y a dos hijos y al mismo tiempo a una amante se ha demostrado imposible con el salario que le pagamos. Eso lo impulsó a buscar suerte en las mesas de juego.

Los tres hombres la contemplaron boquiabiertos. Percival Neville fue el primero en reaccionar; soltó una risotada. Sus hermanos abandonaron el despacho dando un portazo.

Charles Mansell fue despedido y, dado que no terminó en la prisión de Fleet por deudas ni degollado por los matones del Garden of Venus, Manon dedujo que sus tíos le habían prestado el dinero. Al tiempo supo que Alexander Baring, el presidente de la banca Baring Brothers, lo había contratado como jefe de cajeros, probablemente gracias a la recomendación de David, muy amigo del banquero. Como Alexander Baring le caía mal desde que Percival le había contado ciertas maniobras turbias con las que se había beneficiado al conceder un empréstito a una antigua colonia española de América del Sur, decidió no advertirle del peligro que corría al colocar el zorro en el gallinero.

El puesto de Charles Mansell lo ocupó Ignaz Bauer, un treintañero alemán, empleado de la Casa Neville desde hacía diez años, primero de la sede de Fráncfort del Meno y desde hacía pocos meses de la de Londres. Le gustaba Bauer; lo notaba serio, callado y solícito. Se le permitía vivir en una habitación en el altillo del banco, por lo que el muchacho se sentía en deuda con la familia Neville, a la que pagaba trabajando con abnegación. Tiempo más tarde,

Manon se enteró de que Bauer se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para mejorar su inglés, su francés y sus conocimientos de aritmética. Al saber que Ignaz Bauer y Ross Chichister se habían vuelto grandes amigos terminó por confirmar su primera impresión. ¿Por qué su querido hermano Archie no se relacionaba con personas como Bauer y Chichister en lugar de tipos como Julian Porter-White?

Manon escribía semanalmente a su abuelo Alistair, que desde el último ataque de apoplejía prefería evitar Londres. Permanecía en Larriggan Manor, la propiedad que los Neville poseían en las afueras de Penzance, en Cornualles.

En sus cartas se mostraba minuciosa y le detallaba cada hecho y cada circunstancia desde que asistía a su padre en el banco. Aguardaba con ansias la respuesta. Alistair, que había convertido la Casa Neville en un imperio internacional, le daba su parecer y la aconsejaba. Hubo un comentario que la impresionó vivamente. «Creo, querida Manon, que en poco tiempo la vida te ha enseñado una de las experiencias más valiosas: confía en tu instinto, como los animales.»

\* \* \*

Aunque habría debido regresar a su escritorio y proseguir con el trabajo, Manon se alejó en dirección al gran ventanal que daba sobre Cornhill Street, en el corazón de la City. Desde allí dominaba la vista de los edificios más imponentes de la zona, el Royal Exchange y el Banco de Inglaterra, del que su padre era uno de los accionistas mayoritarios, lo que había llevado a un redactor de la revista *Edinburgh Review* a declarar que «no es sensato que un solo hombre concentre tanto poder».

Como solía ocurrirle, su mirada se detuvo en la fachada del edificio de enfrente, perteneciente a Child & Co., donde había un bonito reloj de sol coronado por una frase en latín: «*Omnes vulnerrant, postuma necat*».

—Todas hieren, la última mata —murmuró.

Su tutor, el italiano Tommaso Aldobrandini, a quien le debía todo lo que sabía, le había explicado que se refería a las horas de la vida, en las que siempre existía una cuota de dolor; la última era fa-

tal. Pensó en su madre, Dorotea Castillo y Paje, a la que había perdido exactamente un día como ese, un 20 de junio, en París, debido a la epidemia de cólera que había devastado la ciudad desde los comienzos de ese año, 1825. Le daba pena la niña que había sido en aquellas circunstancias trágicas, y evocar las escenas de llanto de su abuela Aldonza y de su padre, aun ocho años después, seguía sumiéndola en un oscuro pesar.

Había amado a su madre y veneraba su memoria. La recordaba etérea al tiempo que mundana, habitada por un espíritu dúctil e inquieto, que adoptaba variadas formas con la facilidad del agua. Dorotea la Dea nunca había dejado de interpretar e, incluso cuando se vio obligada a abandonar las tablas tras su boda con el futuro vizconde de Falmouth, siguió viviendo como si la vida se tratase de un gran escenario.

Se cuestionaba a menudo si su madre había sido feliz. ¿Sus horas la habían lastimado excesivamente? Desde pequeña, y de un modo inconsciente, había sabido que Dorotea ocultaba una tristeza que solo se desvanecía fugazmente cuando hablaba de su época de actriz. Por eso, y con la ayuda de Tommaso Aldobrandini, había escrito para ella obras de teatro, en general inspiradas en los personajes de la historia antigua y en los de la mitología griega, porque añoraba verla sonreír. ¡Obras de teatro! Apenas una secuencia de dos o tres escenas. La enternecía recordar lo inocentes y simples que habían resultado. Su madre, que debió de encontrarlas muy infantiles, las interpretaba con profesionalidad. Se divertían ensayando, diseñando los decorados y cosiendo el vestuario con la abuela Aldonza. Realizaban la puesta en escena cuando su padre las visitaba y para las fechas importantes.

Solo recordaba una ocasión en la que se había enojado con Dorotea, y por una cuestión que en ese momento juzgaba insignificante. Siempre le había fascinado la historia de la elección de su nombre, Manon. Se trataba de la protagonista de la obra que su madre interpretaba en la ciudad de Oporto la noche en que conoció a Percival: *Manon Lescaut*. «Tu padre no me atrajo porque fuese bien parecido ni porque se destacase en medio de tanto uniforme rojo con su chaqueta de terciopelo verde, sino porque me miraba como nadie lo ha hecho jamás. Me miraba, y con sus ojos me decía: “Para



mí, solo estás tú en el escenario”», aseguraba Dorotea en un éxtasis que Manon se proponía repetir al pedirle que le contase las circunstancias de su primer encuentro una y otra vez.

A los nueve años le imploró a Tommaso Aldobrandini que le prestase su volumen de *Manon Lescaut*, muy entusiasmada por conocer a la heroína a la que honraba llevando su nombre. Sufrió una devastadora desilusión al descubrir que se trataba de una joven tonta, que carecía absolutamente del sentido de la lealtad, volátil y banal, y aunque intentó que la llamasen por su segundo nombre, Gloriana, como a la reina Isabel, jamás lo consiguió.

—¡No quiero llamarme como Manon Lescaut! —se quejó la niña en la siguiente visita de su padre—. Es necia e inconstante.

—Me importa muy poco cómo sea la Lescaut —argumentó su padre—. Manon es el nombre que eligió tu madre, y, para mí, lo que ella dice es ley.

La niña se quedó mirándolo y deseó preguntarle por qué, a diferencia del padre de su amiga Rosine, vivía lejos de casa; por qué, en ocasiones, peleaba con su madre y alzaban el tono de voz. En especial quería preguntarle por qué, si él amaba tanto a Dorotea, el resto de los Neville, a excepción de Leonard, la ignoraba. ¿Cuándo conocería a su hermano Archibald y a su hermana Cassandra? ¿Sabían de ella? ¿Deseaban verla? ¿Y los abuelos Alistair y Beatrix? Algo la impulsó a guardar silencio, tal vez la certeza de que no le habrían agradado las respuestas.

Conocía a los miembros de la familia, sus historias y sus personalidades. Diseñaba árboles genealógicos de manera recurrente, que Aldobrandini le ayudaba a trazar y su tío Leonard, a completar. Uno había quedado tan bonito y colorido, con los rostros dibujados en miniatura, que Percival lo mandó enmarcar y lo colgó en su despacho de la sede en Londres.

De todos sus diseños infantiles, Manon se enorgullecía especialmente de uno que había trazado con esmero para su padre cuando tenía doce años: el escudo de los Neville, el que habían traído de Francia al desembarcar al sur de Inglaterra con el ejército de Guillermo, duque de Normandía, y que aún representaba a la familia.

Aldobrandini, que se proclamaba un rey de armas dada su afi-

ción a la heráldica, le había enseñado a desmenuzarlo y a analizar cada parte, desde el blasón sotuer con la cruz de San Andrés blanca y los cuarteles en gules, hasta el yelmo rodeado de lambrequines y coronado por un toro, que representaba el valor, la magnanimidad y la fuerza de la familia de Neville. Nada la atraía tanto como la leyenda escrita sobre una banda de pergamino a los pies del escudo: «Ne vile velis». Todavía recordaba la emoción que había experimentado al traducirla del latín con la ayuda de Aldobrandini: «No quieras nada vil».

\* \* \*

Apartó la mirada del reloj de sol de la fachada de la Child & Co. y la elevó al cielo. Evocar a Dorotea en el día del aniversario de su muerte la había entristecido. Percival, como siempre para esa fecha, se encontraba en Penzance para visitar la tumba de su segunda esposa, pues si bien Dorotea Castillo y Paje había fallecido en París, descansaba en el cementerio de los Neville en Larriggan Manor.

Aquel año de 1825 existió una férrea oposición por parte del patriarca Alistair y también de la temida matriarca Beatrix para que el ataúd, que acababa de cruzar el canal de la Mancha, terminase en Cornualles. Percival, destruido por la pérdida de su único amor, agobiado por la culpa, reunió el valor que le había faltado durante los años de matrimonio clandestino y amenazó con repudiar a la familia y con renunciar a la presidencia del consejo de administración del banco si no le concedían ese acto de compasión.

Manon aún se preguntaba si sus abuelos habían accedido por compasión o porque temían que Percival los abandonase justo cuando la City y otras bolsas europeas atravesaban una de las peores crisis de los últimos tiempos. En el origen de la causa se hallaban los títulos de deuda de los países americanos recién independizados de España, cuyo valor se había inflado sin fundamento para reventar meses más tarde, dejando una reguera de economías arruinadas y de suicidios. David, Daniel y Leonard Neville, en contra del consejo del hermano mayor, habían atiborrado de bonos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de Chile y de Venezuela

los balances de las sedes de París, Fráncfort del Meno y Nápoles, que habrían quebrado si Percival no hubiese acudido a rescatarlas invirtiendo altísimas sumas de dinero. No lo hizo por amor fraterno —hacía tiempo que David y Daniel no formaban parte de sus afectos—, ni para preservar el buen nombre de la Casa Neville, sino como estrategia para apoderarse de la mayor parte de las acciones del banco y erigirse prácticamente como único dueño, lo que había conseguido. Sus hermanos poseían el seis por ciento del capital de Neville & Sons; él, todo lo demás.

Con los años, terminó por convertirse en el único propietario. El primero en venderle su dos por ciento fue Daniel, cuya debilidad por las carreras de caballos y los naipes lo condujo a un callejón sin salida, que Percival supo aprovechar para asestar el golpe de gracia. David, con una esposa y tres hijas derrochadoras, una amante dispendiosa y otros vicios, no tardó en claudicar. Leonard, interesado solo en el arte, le cedió sus acciones a cambio de ser nombrado curador oficial de la colección Neville. Exigió un estipendio anual más el pago de los gastos de los frecuentes viajes, a lo que Percival accedió. Anne-Sofie Bamford, casada desde hacía pocos años con Leonard, no presentó objeciones; parecía contentarse con formar parte del clan Neville. Por otro lado, su cuñado, Jacob Trewartha, le enviaba remesas desde la India, por lo que el dinero no la preocupaba.

Alistair Neville, que había repartido en vida la propiedad del banco entre sus cuatro hijos, y que desde hacía tiempo se desentendía de las cuestiones financieras, percibía una abultada renta anual producto de sus propiedades en Inglaterra y en el principado de Hesse-Kassel. Vivió como un fracaso personal la debacle económica de sus hijos menores y asumió la responsabilidad de sustentar a sus nueras y a sus nietos. Sin embargo, una vez fallecido el patriarca, y de acuerdo con lo estipulado por la ley de mayorazgo, las propiedades y las rentas recaerían en el heredero del título, Percival Neville, y el resto de la familia volvería a quedar en una situación precaria.

Herido por el desprecio con que sus hermanos y sus cuñadas habían tratado a Dorotea, en especial David y Charlotte, que para la época vivían en París, Percival se sintió con derecho a desenten-

derse de ellos. Por el bien de las apariencias, seguía tratándolos socialmente. Lo único que Percival tomó bajo su responsabilidad fue el pago mensual del asilo en la zona de Clerkenwell, al noroeste de la City, donde vivía su sobrino Timothy, el tercer hijo de Daniel, que, en opinión de la partera, se había malogrado y sería idiota la vida entera.

A Percival, que lo había conocido con pocas horas de nacido, lo había impresionado su peculiar aspecto, con ojitos achinados que llamaban la atención. Le había despertado una conmiseración como jamás había experimentado por otro ser viviente, razón por la cual seguía ocupándose de él, convencido de que, si lo dejaba a su suerte, Daniel y su esposa Louisa lo habrían metido en Bedlam, el asilo para locos y menesterosos más antiguo de Londres, un infierno en la tierra, del que raramente se salía con vida.

Para el mundo, Timothy había nacido muerto, y ni siquiera Alistair y Beatrix conocían la verdad. Thibault Belloc se ocupaba de pagar el asilo y de visitar a Timothy para comprobar que lo tratasen de acuerdo con el altísimo precio que cobraban. Percival había notado que el gascón, usualmente hosco y taciturno, volvía contento del hospicio. En una ocasión, incapaz de controlar la curiosidad, le preguntó a qué se debía su buen humor. El antiguo artillero del Ejército napoleónico fue categórico al responder:

—Acabo de pasar un par de horas en la compañía de Timmy. Después de Manon, es el mejor de los Neville.

\* \* \*

Manon se decidió a regresar al escritorio y a continuar con la tarea. Antes de que su hermana Cassandra fuese a buscarla, quería preparar la letra de cambio para el pago del asilo de Timothy. Por un lado, le agradecía a su padre que le hubiese revelado la existencia de su primo; por el otro, seguía enojada con él por haberles permitido a Daniel y a Louisa que se desentendieran de su hijo. Habían agotado el argumento infinidad de veces, y ella siempre volvía a abrirlo, como una herida que no terminaba de cicatrizar.

En contra de la orden de sir Percival, había comenzado a visitar a Timothy una vez por mes en compañía de su abuela Aldonza. Se

trataba de una situación delicada porque su primo estaba muerto para el mundo, y ella no tenía intenciones de propiciar un escándalo ni de acentuar las desarmonías, y, sin embargo, cuando veía a su tía Louisa tan malhumorada o a su tío Daniel rezongar por la falta de dinero, les habría sugerido que visitasen a su extraordinario hijo, que contaba con el talento de levantarle el ánimo al pesimista más redomado.

Depositó la péñola en el tintero y dirigió la mirada hacia el árbol genealógico que había dibujado para su padre siendo aún una niña. Le vinieron ganas de agregar a Timothy. ¿Por qué? ¿Cuál era la verdadera motivación? ¿Vil o noble? «Ne vile velis», se recordó. ¿Pretendía rectificar un acto injusto? ¿O se trataba de una venganza para castigar a los Neville, que también habían marginado e ignorado a su madre, incluso a ella misma? Ser la hija de la mujerzuela española y papista constituía un baldón que no se lavaba con los años. Más allá de que los abuelos Alistair y Beatrix hubiesen concedido el permiso para que la enterrasen en el cementerio de Larriggan Manor, por compasión o por conveniencia, lo que fuese, la familia jamás había aceptado a Dorotea como la segunda esposa del primogénito.

La abuela Beatrix, a la semana del entierro de su despreciada nuera, al que no asistió, cayó muerta en su jardín mientras cortaba unas rosas, víctima de un infarto. «Se le ha partido el corazón de piedra», fue todo lo que masculló Aldonza cuando las alcanzó la noticia en la cabaña cercana a la propiedad de los Neville donde las había instalado Percival. Vivían en compañía de Thibault y de Aldobrandini, y solo Leonard las visitaba.

La acomodación, de carácter provisional, se terminó cuando Percival convenció a Alistair de que las recibiese en Larriggan Manor. Se pactó que Manon y Aldonza ocuparían el ala norte y que no se aventurarían en el resto de la mansión, acuerdo al que Manon faltó a las pocas semanas, y todo a causa de lo que su tío Leonard le había contado acerca de una antepasada, una tal Gracia Nasi, banquera y hábil mujer de negocios del siglo xvi, que había nacido en Lisboa en el seno de una familia de comerciantes judíos y que, huyendo de la Inquisición, acabó sus días en Constantinopla admirada incluso por Solimán el Magnífico. Conocida como una de las

mujeres más ricas de la Europa renacentista, aristócratas y burgueses la llamaban «la Señora». De todos los personajes de los cuales le habían hablado Leonard y Aldobrandini, Gracia Nasi era su favorita, más que Alejandro Magno y que Aníbal Barca, que Juana de Arco y que Christine de Pizan, que Artemisia de Halicarnaso y que la reina Isabel; estaba al mismo nivel de su admirada Hipatia. Averiguar cosas sobre ella se convirtió en una obsesión, sobre todo en ese tiempo posterior a la muerte de Dorotea.

Leonard regresó de uno de sus viajes con la noticia de que había encontrado en el Judengasse, el barrio judío de Fráncfort del Meno, el retrato perdido de Gracia Nasi. Lo había adquirido por ocho mil seiscientos florines. Dado que Percival le había enseñado el valor de las distintas monedas europeas y cómo calcular el cambio, Manon hizo una rápida cuenta mental y determinó que el precio era de unas ochocientas libras, una fortuna si se tenía en cuenta que la semana anterior su padre había adquirido, por una cifra similar, un bergantín para la flota de la Neville & Sons.

Alistair había dispuesto que colgasen el óleo en la habitación en la que transcurría la mayor parte de la jornada, la biblioteca, que se hallaba fuera de los límites impuestos a Manon y a Aldonza.

A la niña no le bastó con la descripción minuciosa que Leonard hizo del cuadro; la asaltaba una necesidad imperiosa de verlo en persona. Una tarde, mientras su abuela dormía la siesta, salió subrepticamente en busca de la biblioteca. Solo sabía que se encontraba en la planta baja, a un costado del amplio vestíbulo, cerca de la puerta principal. Se cruzó con un par de empleadas domésticas, que la contemplaron con sorpresa y con curiosidad, y que, sin duda, pronto alertarían al mayordomo.

Dio con la biblioteca. Apenas cerró tras ella, avistó el retrato, que, aun en medio de tantas pinturas, destacaba con una luz propia, tal vez la que irradiaban el rostro de su antepasada y el vestido en damasco rojo. ¡Qué beldad! No conseguía apartar los ojos de los serenos y oscuros de la señora Gracia Nasi. Un niño la acompañaba; Leonard suponía que se trataba de Joseph Nasi, su sobrino y posterior socio. Le dio por establecer las similitudes entre ella y esa mujer estupenda, que había conducido el negocio familiar desde los veinticinco años y que, pese a haber sido perseguida por

su condición de judía, había salvado la fortuna de los Nasi. Quería ser como ella, en lo físico y en el temperamento. ¿Llegaría a ser tan hermosa? Compartían la frente amplia, los ojos almendrados y la boca carnosa. La nariz de Gracia era pequeña y delicada; la de ella, similar a la de los Neville, más bien larga y con el tabique un poco abultado, constituía la nota discordante. Lo más difícil, se dijo, sería convertirse en la gran mujer de negocios que había sido su antepasada. Ella no conocía a ninguna. En las ocasiones en que había recorrido de la mano de su padre la *rue* de Quincampoix, donde se erigían la bolsa parisina y los principales bancos franceses, jamás había visto a una de su sexo entre los agentes y los banqueros.

Extasiada en la contemplación del retrato, oyó demasiado tarde las voces masculinas y los taconeos sobre el suelo damero del vestíbulo. Contó con un instante para ocultarse tras un sofá antes de que dos hombres entrasen en la sala: su maestro Tommaso Aldobrandini y un anciano, Alistair Neville, a juzgar por el parecido con Percival.

—Mi hijo Leonard me ha dicho que es usted un eximio jugador de ajedrez, doctor Aldobrandini.

—Por favor, milord, llámeme Masino, como lo hace la mayoría —solicitó el italiano en su fluido e impecable inglés.

Manon, aterrorizada ante la posibilidad de que su abuelo la detectase y la mandara de regreso a París, se acurrucó contra el sofá y se cuidó hasta de suprimir el sonido de la respiración. Para colmo de males, su abuelo eligió sentarse en el mismo sofá, a escasas pulgadas de ella. Por fortuna, se lo veía muy concentrado en la partida, por lo que Manon fue calmándose. Poco a poco, la cautivó el desarrollo del juego que Aldobrandini le había enseñado tanto tiempo atrás y que ella amaba.

En el silencio de la sala solo se oían el estallido eventual de los troncos en la chimenea y la exhalación un tanto congestionada del dueño de la casa. Manon seguía los movimientos de las piezas negras, las de su abuelo Alistair, con una atención que le hacía olvidar su precaria circunstancia.

Aldobrandini aprovechó que era el turno de Neville para rellenar las copas con oporto. Se puso de pie y se alejó hacia la arquime-



sa donde se guardaban las bebidas. A punto de mover el alfil, Alistair se detuvo al susurro imperativo de una vocecilla.

—¡Esa no! Caballo a ce seis.

El anciano se giró bruscamente. Sus ojos azules se toparon con unos muy similares que lo observaban desde una ubicación peculiar, cerca del suelo y junto al brazo del sofá. Se sostuvieron la mirada. Manon, consciente del lío en el que se había metido, no se permitió flaquear. Repitió con una voz que simulaba firmeza:

—Caballo a ce seis.

El anciano se volvió hacia el tablero y, tras estudiar el movimiento sugerido, lo realizó. Tommaso Aldobrandini simuló no haber visto el intercambio. Ocupó su sitio y prosiguió con el juego fingiendo no reparar en que Manon le susurraba a su abuelo los movimientos. Alistair Neville ganó la partida y Manon huyó de la biblioteca. Un rato más tarde, el señor de la casa mandó llamarla.

—Jovencita, ¿por qué estabas aquí? —la interrogó sin la severidad esperada.

—Porque quería ver el retrato de la Señora, milord —respondió con la vista al suelo y el corazón que le latía desbocado.

—¿La Señora?

—Se refiere a Gracia Nasi —terció Aldobrandini—. La llamaban «la Señora» en su tiempo.

Alistair Neville asintió, serio, y dirigió de nuevo la atención a la niña.

—Era una antepasada de mi padre. ¿Lo sabías?

—No, milord —admitió la chiquilla, pues desconocía que el parentesco venía por ese lado—. ¿Somos judíos, entonces?

—Tu bisabuelo lo era. Se llamaba Solomon Engelberg.

—Monte del ángel —tradujo Manon.

—Oh —se sorprendió Neville.

—Le he enseñado el alemán desde su más tierna infancia —intervino Aldobrandini—. Posee un talento especial para las lenguas.

Alistair Neville aguzó la vista y contempló a su nieta en reconcentrado silencio. Cuando volvió a hablar, lo hizo en la lengua de su padre, el alemán.

—Te pareces a mi hijo Percy —declaró.

—Me hubiese gustado parecerme a mi madre —replicó Manon

en el mismo idioma—. Era muy hermosa —añadió, y le destinó una mirada desafiante al hombre que la había detestado en vida y que vilipendiaba su memoria.

—¿Cuántos años tienes? —se interesó Neville.

—Trece, milord.

—Eres alta para tu edad. Tu hermana Cassandra es mayor que tú y me atrevo a afirmar que te llega al hombro.

Los ojos de Manon se iluminaron a la mención de la hermana que tanto ansiaba conocer. No se atrevía a formular ninguna pregunta; le habían enseñado que en presencia de los adultos debía guardar un respetuoso silencio, y ella ya había quebrado unas cuantas reglas en lo que iba de la tarde.

—Tengo la impresión de que deseas preguntarme algo —dedujo Alistair.

—En realidad, deseo preguntarle dos cosas, milord.

—Conque dos cosas. ¿Cuáles?

—La primera es ¿por qué nuestro apellido es Neville y no Engelberg? —Neville sonrió, satisfecho—. Y la segunda: ¿dónde están mis hermanos Archibald y Cassandra? Me gustaría conocerlos.

El anciano se apretó el mentón mientras la estudiaba con genuino interés.

—Responderé a la primera —decidió—. Cuando tu bisabuelo Solomon se fue del Judengasse en Fráncfort del Meno y vino a Inglaterra en busca de libertad, vivió primero en Manchester, donde se dedicó al comercio de telas. Se hizo inmensamente rico, lo que le permitió concertar un acuerdo con tu tatarabuelo, Archibald Neville. Le prometió que se convertiría al cristianismo, que cancelaría las grandes deudas que amenazaban con expulsar a los Neville de estas tierras, que se casaría con su única hija y que adoptaría su apellido para que el primogénito heredase el título de vizconde de Falmouth, lo cual le fue concedido por licencia real del año 1750. De ese modo, una de las casas más antiguas de Inglaterra sobreviviría. Y así lo hizo. En cuanto a su trabajo como mercader de telas, mi abuelo Neville le exigió que lo abandonase. La honorabilidad y el comercio se excluyen mutuamente, al menos eso sostienen algunas mentes esclarecidas —agregó con acento sarcástico—. Mi padre lo hizo sin quejarse porque ya había descubierto que ganaba

más dinero financiando las deudas de sus clientes que vendiéndoles telas. Fue él quien fundó la compañía Neville & Sons y fue él quien nos enseñó a tu tío abuelo Ralphie, que en paz descanse, y a mí todo acerca de la bolsa.

—Pero fue su señoría el que hizo de la Casa Neville el imperio que es hoy —proclamó Manon, y calló repentinamente, avergonzada por su comentario inoportuno—. Eso dice papá —acotó a media voz.

Alistair sacudió la cabeza para negar.

—Fue Percy quien hizo de Neville & Sons la poderosa banca que es hoy. ¿Sabías que tu padre participó en el Congreso de Viena en el 15? ¡Ja! —exclamó, orgulloso—. Mi hijo en medio de emperadores, reyes y landgraves decidiendo sobre el destino de Europa tras la caída de Bonaparte. ¿Lo sabías, jovencita?

—Hemos estudiado en profundidad el Congreso de Viena, milord —acotó Aldobrandini—. Manon sabe lo de la participación de su padre.

—No estoy de acuerdo con los resultados —apuntó la niña y borró la sonrisa de Neville—. La creación de la Santa Alianza, tan absolutista, tan despótica, demuestra que los adultos son más insensatos de lo que imaginé.

Alistair se carcajeó. Aldobrandini intentó justificarla.

—Manon no acepta que la humanidad se desplace en movimientos pendulares, acción y reacción, reforma y contrarreforma.

—¡Y tiene razón! —El viejo Neville se puso de pie ayudándose con un bastón que a Manon le resultó atractivo: la empuñadura de oro representaba la cabeza de un toro, cuyos afilados y brillantes cuernos podrían haberse empleado como un arma.

El anciano se alejó hacia la puerta; los dejaba en medio de la biblioteca sin otra explicación. Antes de salir, se giró y miró a su nieta a los ojos.

—Manon —dijo, y pronunció su nombre por primera vez—, esta noche, durante la cena, responderé a tu otra pregunta y a cualquiera que desees hacerme. A ti también te espero, Masino.

—Gracias, milord.

Esa tarde de septiembre de 1825 nació una amistad entre la nieta repudiada y el abuelo temido que se profundizaría con los años

y que alcanzaría niveles de confianza y de intimidad que Neville ni siquiera había experimentado con sus hijos. Manon era la única, además de un puñado de amigos íntimos, que se atrevía a llamarlo Ally, y lo hacía para provocarlo, en especial cuando el anciano perdía la paciencia, algo que ocurría con frecuencia.

Manon aprendió a amar a su abuelo y le perdonó los años en que la había mantenido lejos de él. El anciano se convirtió en otro mentor, distinto de Tommaso Aldobrandini o de su padre. Alistair Neville le enseñó a ver la realidad bajo una luz completamente distinta, más descarnada y cínica, limpia de romanticismos vanos. Leían los periódicos, analizaban las noticias, pronosticaban el futuro, opinaban sobre este o aquel negocio, compartían la lectura de libros de economía y de política, y Manon aprendía y aprendía. Su abuelo era una fuente inagotable de conocimiento y de sapiencia. Sobre todo, le enseñó a comprender los mecanismos de la «bestia cruel», como apodaba al mercado financiero.

Una mañana cálida de verano, mientras paseaban por un sendero en los bosques de Larriggan Manor, Alistair le confió:

—Siempre supe que David, Daniel y Leonard no serían capaces de llevar adelante las sedes que puse en sus manos.

—¿Por qué dividiste la Neville & Sons si lo sabías?

—Para evitar que se destrozaran entre ellos —respondió— y temo que propicié justamente lo que traté de evitar. Ah, la codicia, querida Manon. Es una de las bajezas más repugnantes del ser humano. ¿Y para qué? Después de todo, acabamos allí. —Alzó el bastón y señaló en dirección al cementerio—. Ven, vamos a visitar a nuestros muertos.

—¿Dónde estará enterrada Gracia Nasi? —se preguntó Manon—. Haría cualquier cosa por recuperar sus restos y traerlos aquí.

—En Constantinopla, imagino —conjeturó el anciano—. Llegarás a ser más que ella.

—No, abuelo. La Señora fue la jefa de su familia.

Neville masculló un asentimiento y se quedó pensativo.

—Ya tienes veinte años, querida Manon.

—¿Tú también me dirás que estoy poniéndome vieja y que tengo que buscar un esposo?

—Moriría en paz si viese a un hombre digno a tu lado. Uno de tu estatura moral, con tu cultura e inteligencia.

—Ningún hombre estará a mi altura, excepto tú —comentó, risueña, y lo besó en la mejilla.

Tras el comportamiento retozón, Manon escondía un pensamiento que celaba desde los catorce: ella conocía al hombre con el que habría compartido sus días. En realidad, se trataba de un joven seis años mayor que ella, solo que se comportaba con la severidad de un adulto que ha vivido demasiado y no con la ligereza propia de un muchacho. Lo habría elegido como esposo sin dudar. Él, en cambio, amaba a otra.

—Te recuerdo —persistió Manon— que la Señora enviudó a los veinticinco años y que jamás volvió a desposarse. Todo lo hizo sola. Has dicho que podrías llegar a ser más que ella. ¿Lo crees de veras, abuelo, o piensas que, sin un hombre a mi lado, no podré lograrlo?

—No, querida, no —susurró Neville con acento conciliatorio y le palmeó la mano que descansaba en su antebrazo—. Al igual que Gracia Nasi, podrías llegar a ser la jefa de nuestra familia. Tus hermanos te adoran, en especial Archie. Además, con tal de que tú sigas haciéndote cargo de los asuntos y las responsabilidades de la Casa Neville y le permitas vivir su vida de calavera, ese cantamañanas hará de todo para facilitarte el camino hacia la jefatura.

—Mi hermano es un hombre casado ahora —intercedió Manon, siempre a la defensiva cuando de Archie se trataba—. Está decidido a sentar cabeza. Quiere hacer feliz a Alexandrina. Su suegro le ha propuesto algunos negocios.

Alistair se detuvo de modo abrupto y la contempló con una mezcla de ansiedad, temor y encono.

—Cuidate de Jacob Trewartha.

—¿Por qué, abuelo? ¿Qué sabes de él?

Alistair sacudió la cabeza para negar y reinició la marcha.

—¿Recuerdas lo que he dicho acerca de la codicia? —Manon aseguró que lo recordaba—. Pues Jacob Trewartha es el más codicioso de los hombres.

Se detuvieron frente a la tumba de Beatrix. Manon soltó el brazo de su abuelo y se encaminó hacia la de su madre. Se acuclilló

para quitar las ramas y las hojas secas y para depositar el ramo de flores silvestres recogidas durante la caminata. Al ponerse de pie, descubrió a Alistair junto a ella, lo que la sobresaltó; su abuelo jamás le rendía homenaje a Dorotea. Sintió la mano enguantada del anciano aferrar la suya.

—He aprendido a honrar la memoria de tu madre, adorada Manon. Bendita sea por haberte dado la vida.

—Gracias, abuelo —farfulló con la voz estrangulada.